

INTRUSO DEL NORTE
JESÚS NIETO JURADO

Del turismo y la memoria

En Fitur, y donde toca, se ve que nos sabemos vender incluso en estos tiempos



En el fondo de todos nosotros hay un Fitur. Y el de este año ha sido raro, claro, pero ha sido. Fitur es el paseo por el mundo y Andalucía, que es más grande que el planeta entero. Hay un encanto en ir a ver al alcalde, al stand de nuestra tierra y comprobar que nos vendemos muy bien de cara al exterior. Allí, con amigos viejos, se va analizando este año pandémico y volvemos a vernos. A ver a aquel compañero que se especializó en turismo o a un diputado al que conocemos vagamente y no podemos poner nombre así, de primeras.

Más allá, obvio, está el politiquero feliz y paseante. Y los Reyes, y hasta el propio alcalde con unas energías que ya quisiera yo para mí. Por encontrarme, me encontré con mi compañero de pupitre, encorbatado y saludador. Y luego los souvenirs, el moscatel de Manilva, alguna beldad con sombrero cordobés y unos tuaregs que curiosean. Volver a Fitur es verme hace diez años haciendo prácticamente lo mismo: esperando que me inviten a catar vinos de Jumilla o productos de la huerta navarra. Es el discreto encanto de lo gratis que este año, por la pandemia, no pudo ser. Y bien que lo fuimos sintiendo. Pero se celebró Fitur y algo entendimos de que, más que menos, vamos saliendo de estos tiempos tan bélicos, tan tristes y tan negros.

Como anda uno a espera de vacunarse, estas excursiones a Fitur y cenas paralelas son lo más parecido a la felicidad que podemos permitirnos. Acaso por eso mismo, porque nos reencontramos en un pabellón con conocidos con los que quedó un café pendiente. Y eso lo da Madrid, el calorazo de Madrid, el agua de Madrid y la emoción del AVE, que existe.

Porque Fitur es también que hayan convertido la estación de Sol en la estación Costa del Sol, y el templete cercano al Kilómetro 0 sea la mejor embajada de nuestra provincia. Allí coincidieron mi tito Enrique y el presidente de la Diputación, en una felicidad conjunta que viene de la confesión de Enrique de jubilarse en Benagalbón. Enrique se ha empeñado en hacerse ermitaño en la Axarquía, y voto a Dios que lo merece más que ninguno.

Verán que hablo de Fitur como de una feria del centro o de unos Juegos Olímpicos. Yo así lo siento. Y la excusa es la de recordar la mejor Málaga a 370 kilómetros en línea recta. Que no se nos olvide, ahora que hablamos del turismo y de la memoria, de lo que era Tívoli. Era el paraíso cercano con el que inaugurábamos el verano, si las notas habían sido buenas. Y si no, también. Tívoli era Manolo Escobar sonando en el auditorio, y junio que iba acabando con sus vagas promesas. O las comuniones de los más nuestros, y el barco aquel, y todo un mundo que no podemos dejar languidecer.

LA TRIBUNA

Menos odios y más cuidarnos

ANTONIO LÓPEZ PELÁEZ
Catedrático de Trabajo Social de la UNED

Las políticas del cuidado tienen como efecto directo un cambio en la mirada sobre los usuarios, con derechos independientemente de sus comportamientos

En las profesiones de ayuda, y especialmente en los servicios sociales, el primer paso siempre es evaluar las necesidades del usuario, desde un respeto profundo a su condición de ciudadano. Lo que nos ocupa es cómo diagnosticar bien como establecer un proceso adecuado de recuperación, y cómo asignar correctamente los recursos disponibles. Y esto lo podemos hacer porque nuestra prioridad son las necesidades de nuestros conciudadanos que acuden a los servicios sociales. Nuestra actividad diaria se centra en sus derechos, para afrontar con ellos un proceso de mejora personal, grupal y comunitaria.

El punto de partida de las políticas del cuidado es el propio concepto de 'cuidado', que nos remite a la debilidad, la fragilidad y la dignidad. Las políticas del cuidado tienen como efecto directo un cambio en la mirada sobre los usuarios, con derechos independientemente de sus comportamientos, y a pesar de sus problemas. Una de nuestras prioridades, en este sentido, es no convertir a los ciudadanos en meros receptores pasivos de los recursos disponibles. El uso instrumental, interesado, de las ayudas no permite una progresión personal de los usuarios. Por contra, los condena a una situación de pobreza y dependencia permanente, lo que al final crea un efecto deslegitimador sobre los servicios sociales y el estado del bienestar en su conjunto.

Las políticas del cuidado se basan en la ciudadanía de los otros. Para mí, uno de sus efectos más positivos es un descentramiento en nuestra mirada individualista y consumista, abriéndonos a la posibilidad de ver a los demás como conciudadanos (y no solamente como competidores, enemigos o clientes). Sin embargo, las políticas del cuidado no son prio-

ritarias en la agenda pública y en los medios de comunicación. Nos encontramos inmersos en una continua campaña política, con elecciones y sin ellas, basadas precisamente en lo contrario de las políticas del cuidado: la negación del otro como ciudadano. Esta negación de la legitimidad del contrario, y el ejercicio del poder para destruirlo e impedir la alternancia, está en el origen de las políticas del odio.

Hay una diferencia fundamental entre las políticas del cuidado, que llevamos a la práctica en las profesiones de ayuda todos los días, y la de la confrontación y la negación del contrario. La dinámica del odio necesita destruir emocionalmente el vínculo con los otros. Y para ello hay que satanizarlos, hay que generar una profunda animadversión hacia nuestros conciudadanos, que viven a nuestro lado, y que pueden tener sus motivos para tomar decisiones diferentes a las nuestras. No nos interesa lo que dicen. Nos interesa machaconamente etiquetarles como personas que odian. Y esto genera un mecanismo de cohesión interna, ya que, si odian, ¿a quién odian? A nosotros, claro.

Si es necesario mentir, o aportar falsedades, o lanzar piedras, o convertir las tribunas de opinión en loas hacia los nuestros y sistemáticas descalificaciones hacia los otros, incluyendo comentarios machistas hacia las mujeres del bando contrario, no nos importa. Siempre hay un motivo de fuerza mayor, la revolución posible o la dictadura previsible, que justifica nuestra posición. Frente a las políticas del cuidado, las políticas del odio nos alejan de nuestros conciudadanos, nos someten a la autoridad de nuestros líderes, y alejan el razonamiento y los matices de nuestro bando. No nos importa la realidad. Nos importa mandar. O más bien, que manden los nuestros, aunque después sus decisiones nos perjudiquen, o

incumplan sus compromisos previos. Lo importante desde las políticas del odio es movilizar nuestro compromiso identitario, nuestra superioridad moral sobre el contrario. Hasta aniquilarlo, hasta echarlo de las instituciones, de nuestras sociedades.

En los servicios sociales, atendemos a personas de muy diferentes ideologías. Y nos da igual su orientación política, nos interesan sus circunstancias y resolver sus problemas. En la vida cotidiana, podemos reírnos y compartir y tomar decisiones con nuestros vecinos sobre múltiples problemas comunes. Sin embargo, la toxicidad de las políticas del odio acaba traspasando las fronteras del debate político. Quienes las movilizan solo buscan ejercer el poder, para contaminar nuestra vida personal y colectiva. Y los hechos tienen consecuencias, la persona a la que animamos a golpear al vecino que piensa distinto, a lanzarle piedras, a insultarle, a vivir como insufrible la existencia de los otros, puede acabar en la cárcel, mientras el político de turno ha ganado las elecciones gracias a su voto.

En estos tiempos convulsos, una lección cotidiana que aprendemos en los servicios sociales es el efecto positivo de las políticas del cuidado, que nos revelan a nuestros usuarios como conciudadanos. Si tenemos que elegir un modelo para articular nuestras relaciones sociales, es mejor dejar de lado a los dinamizadores del odio (que solo buscan beneficiarse a sí mismos y a sus grupos de interés, a pesar de degradar nuestra vida cotidiana). Y apostar por tomar como referencia las políticas del cuidado. Unas políticas que nos remiten a nuestro progreso personal y colectivo, como ciudadanos libres con toda la legitimidad para desarrollar nuestra trayectoria vital. Solo vivimos una vez. Y 'cuidarnos' merece la pena. Conviene recordarlo.

EL ALFÉIZAR
RAFAEL J. PÉREZ PALLARÉS

El semáforo de Chiquito



Dar una vuelta por las ciudades puede llegar a ser divertido. Se aprende. También cuando se cruzan los semáforos: algunos nos hablan de lo que piensan o viven quienes habitan la ciudad. Berlín u otras ciudades alemanas con su típico hombrecillo, el Ampelmännchen, indica cuándo podemos cruzar o no. Por cierto, fue todo un éxito comercial. O en Madrid, con un marcado acento educativo e ideológico, encontramos cómo se nos indica para cruzar la aparición en rojo o verde de parejas hetero u homosexuales.

Málaga va de otro rollo y me parece más

divertido. Algo necesario para el día a día. La comisión de Cultura del Ayuntamiento de Málaga ha aprobado una moción para crear una ruta turística en honor al humorista Chiquito de la Calzada, que podría incluir un semáforo con su silueta y alguna de sus expresiones más icónicas. ¡Fiat! ¡Hágase! Un semáforo a los andares y sonidos del artista del barrio de la Trinidad es excelente idea. Extensiva a más lugares de la ciudad, no solo al entorno donde vivió el artista. Hagamos una ciudad divertida. Y un tráfico más llevadero. «Solo un genio es capaz de cambiar la forma de hablar de

un país», así resumía el actor y humorista malagueño Salva Reina el impacto y personalidad de Chiquito de la Calzada cuando falleció. Sería un milagro que también su forma de hablar nos cambiara cuando cruzamos las calles. Urgen pequeños milagros cotidianos.

Que sea Chiquito de la Calzada el que indique cuándo se cruza no solo es una idea que podría trascender nuestras fronteras como el hombrecillo alemán, sino también ayudarnos a esbozar una sonrisa; especialmente a los más pequeños. Es posible que dentro de poco sonriamos al hacer algo tan simple como cruzar un paso de cebra. ¡Qué bien nos vendrá! La sonrisa es fuerza transformadora para nuestro tiempo. En un mundo cada vez más global y por aquello del aleteo de la mariposa, Málaga y el mundo respirarán mejor, con otro swing gracias a Chiquito de la Calzada. Es el legado de las buenas personas.